

El pollo cinéfilo

Por Marco Antonio Santiago

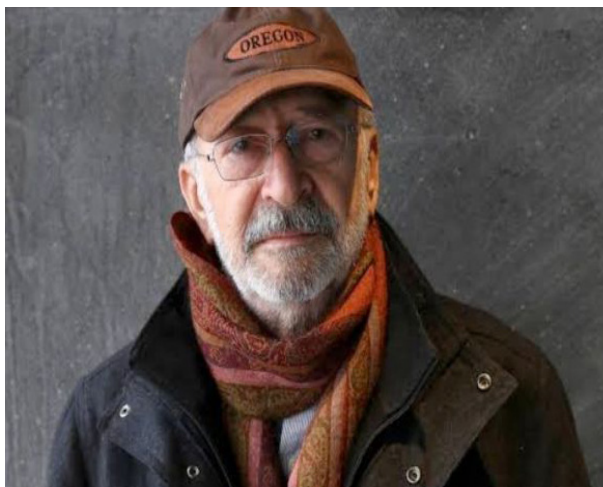
Para Elena

Felipe Cazals: *in memoriam*

El pasado 16 de octubre, a los 84 años de edad, Felipe Cazals emprendió el último viaje, dejando detrás la reputación de ser uno de los más importantes directores de cine mexicano de la segunda mitad del siglo XX. En su alforja se acumulan media docena de títulos fílmicos que aparecen en distintas listas de lo mejor del cine nacional. Le debo al señor Cazals varios buenos momentos pasados en una sala de cine (y uno de los peores, también), y es por estas razones que me permito dedicarle estas líneas, con la intención de mencionar algunos de sus trabajos, para mí, la manera más sencilla y sincera de ayudarlo a permanecer vivo, si no de forma física, si en el espíritu de que dotó a su obra. Espero tener algún éxito.

Nacido curiosamente en Guéthary, Francia, en 1937, Cazals llegó a México siendo aún un bebé. Su formación cinematográfica ocurrió tanto en Francia como en México, y sus primeros trabajos ocurrieron al cobijo del Instituto de Bellas Artes, para el que produjo varios programas televisivos, y sus primeros cortometrajes. Miembro de la llamada "Generación de la Ruptura" por separarse estilística y temáticamente de sus maestros (la ruptura fue un fenómeno que abarcó todas las artes plásticas, la escena, la pantalla y la literatura), Cazals debutó con *Familiaridades* (1969), pero sería su llamada trilogía del terror, integrada por *Canoa* (1975), *El apando* (1975), y *Las poquiánchis* (1976), la que lo colocaría como una de las voces más poderosas e influyentes de la cinematografía. Tomando hechos reales (el linchamiento en san Miguel Canoa, las experiencias carcelarias de José Revueltas y el célebre caso de nota roja sobre las proxenetas y asesinatas seriales apodadas justamente, *Poquiánchis*, respectivamente), Cazals creó un cine potente, alejado de las convenciones que habían hecho famoso y redituable al cine mexicano durante su época de oro.

Con una mirada mucho más crítica a la violencia, la simulación, la corrupción y los vicios de la sociedad mexicana, Cazals se consolidó como un director sin concesiones, que supo navegar en las aguas turbias y represivas del México de los 70s y 80s, donde produjo muchas de sus películas más memorables. Títulos como *El año de la peste* (1978), *Bajo la metralla* (1982), *Los motivos de Luz* (1985), *Kino: la leyenda del padre negro* (1993), el documental *Digna, hasta el último aliento* (2004), o *Las vueltas del citrillo* (2006),




dan cuenta de un cineasta inquieto, propositivo e interesante. Si bien su cine no estuvo exento de controversia.

Cazals filmó *Canoa*, una película crítica y controvertida, con una ácida mirada al año de 1968, bajo el amparo y protección del hermano del presidente Luis Echeverría, Rodolfo Landa, que en aquel tiempo encabezaba la industria fílmica mexicana. Cuando estrenó *El apando* en el festival de San Sebastián, la presidenta del jurado ese año, la diva Dolores del Río, se levantó en medio de la función, abandonando el cine calificando de repulsiva la cinta, lo que la sacó de competencia. Y recibió severas críticas de la prensa especializada, que consideró que había traicionado sus principios, cuando dirigió por encargo cintas como *Rigo es Amor* (1980), o *Burbujas de Amor* (1991), películas de las que hablaba lo menos posible, pero de las que él no abominaba ni se justificaba.

Dos calificativos se repetían una y otra vez para calificar al cineasta. Ogro y Perfeccionista. El primer adjetivo tenía que ver con su carácter. En más de una ocasión se mostró claramente hostil y cortante con la prensa. Cazals se justificaba diciendo que los reporteros eran repetitivos e impertinentes, y que no respetaban "el irrepitible misterio" de una filmación. Lo segundo, afirmaba, era necesario para trabajar en el cine. Apenas unos meses después de ser operado del corazón, Cazals estaba en el desierto de Durango para iniciar la filmación de su penúltimo filme *Chicogrande* (2009), afirmando que, en un plató de cine, y con una claqueta en la mano, se encontraba en el lugar en que era feliz. Un último detalle (y esto lo sé de primera mano), Cazals no se oponía a comprar una película "pirata" si era la única forma de ver el filme. Su amor por el cine era muy grande. Y supo crear un cine que nos hizo vernos como pueblo, y asustarnos un poquito con el reflejo, que también esa es labor del arte. Buen viaje, señor Cazals. Este pollo cinéfilo le da las gracias por todo. Nos vemos en las películas.

Comentarios: vanyacron@gmail.com,

 [@pollocinefilo](https://twitter.com/pollocinefilo)

Escucha al pollo cinéfilo en el podcast **Toma Tres** en Ivoox.